

Edgardo Garrido Merino

Espiritualidad y humanismo del Quijote



El IV Centenario del natalicio de Miguel de Cervantes nos enfrenta a la vida y obra del inmortal autor del «Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha». Claro está que su presencia es constante, ininterrumpida, en relación a las letras castellanas en cuanto a expresión idiomática y revelación de ideas y sentimientos de nuestra raza, y por añadidura universal en lo atañadero a su noble y permanente espiritualidad.

Cervantes demuestra su cultura clásica, su sentido greco-latino del arte literario en «La Galatea». Y el hombre humano, humanísimo, que conoce plenamente las virtudes y defectos de su época, se copia, como en un espejo, en las incomparables «novelas ejemplares». Luego el ingenioso, el satírico y filósofo que hay en su colete de soldado heroico, a la vez que paciente y sufrido alcabalero, está animado y en cuerpo vivo en sus donosas comedias y enjundiosos entremeses.

La historia de Don Quijote, el iluso hidalgo que recorre a horcajadas de Rocinante la estepa manchega en busca de prodigiosas aventuras, no es en el fondo sino un trasunto de su propia historia. No podemos negar que en las aventuras desventuradas del Caballero de la Triste Figura hay un modo de

relación fingida y alegórica de los muchos padecimientos morales que le tocaron en suerte al hidalgo de Alcalá de Henares. Cervantes crea el Quijote, y en el pobre caballero andante traza su propia contrafigura.

No olvidaremos que el libro sin igual se ha ido gestando durante una larga vida de sufrimientos y miserias. Miguel de Cervantes lo da a luz en las prensas de Juan de la Cuesta, en la villa y corte, en los primeros días de enero de 1605. Esto quiere decir que la primera edición llamada a tan buena fortuna, rompía su incógnito después de la lectura que del primer capítulo hiciérale al Duque de Béjar, cuando don Miguel frisaba en los cincuenta y ocho años. Esto confirma la madurez del autor y de su obra. Sazonado por el dolor de la vida, surge el héroe manchego, en un ambiente luminoso y regocijado hasta el punto, que como es sabido, durante largos años se le juzga únicamente como un personaje bufo destinado a satirizar con su escuálida figura, coronada por el yelmo de Mambrino, a todos los personajes andantes de las típicas novelas de caballería. Don Quijote viene a mofarse con sus amargas desventuras, en modo indirecto, de los caballeros hazañosos que se llamaron Amadís de Gaula, Lanzaro del Lago o Palmerín de Inglaterra. Pero la novela guarda su símbolo, su alegoría del idealismo en lucha con la realidad, y tan recio es su meollo, tan penetrante su designio, que pronto la risa de sus primeras lecturas habrá de trocarse en meditación.

El caballero andante, al modo que le conocemos a través de los libros de caballería, no es sino la encarnación sentimental de los héroes de los viejos retratos orientales. Matar dragones, vencer maleficios, desencantar doncellas y redimir cautivos, no son sino las formas literarias con que se han ido disfrazando hasta la Edad Media las dos aspiraciones más elevadas del ser humano: el amor y la justicia. El hombre lucha siempre por calmar esa doble sed, pues sin aliviarla no podrá vivir dichoso sobre el haz de la tierra.

Este tipo legendario encuentra en la realidad de los hechos su mejor ropaje o envoltura. El caballero de las cruzadas, yendo espada en mano a libertar la Jerusalén de su fe, nutre con su ideal generoso a esos personajes aguerridos de los libros de caballería.

Cervantes alcanza en su novela inmortal tres dimensiones claramente definidas: profundidad, elevación y extensión. Y de estos tres ángulos, podemos apreciarla con mayor percepción, atendiendo al caudal de sus méritos, ya sea como expresión del pensamiento medular del pueblo español, o bien como aspiración idealista de amor y de justicia, y sobre todo como fuerza humanamente lírica que se irradia y desborda universalmente.

La hondura del «Quijote» está en las raíces de su idioma. El castellano se enraíza, se afianza, adquiere riquezas insospechadas y pierde el engolamiento y hasta el sabor a loas y cantigas que le vienen de Berceo y de Alfonso el Sabio. El soldado español, que ha seguido a Italia al joven monseñor Aquaviva, se compenetra de la lengua del Lacio y adquiere giros que habrán de traer galas renacentistas a la prosa española. Cervantes, además, no se ha limitado a buscar la ciencia en los libros como cualquier afanoso erudito de su tiempo, sino que ha abrevado en las fontanas manadoras y bullentes de la vida. El convive con los mozos de mulas, con los arrieros y trajinantes de los pasadores de agua y cebada; él conoce las gentes fulleras de los puertos del Mediterráneo; él sabe de las mozas de partido en Sevilla y Valladolid, de los cortabolsillos y milagrosos de la Corte. En suma, toda la fauna social le ha servido de modelo, de tal modo que no es extraño que sus pinturas sean tan acabadas y exactas. Junto a la variedad lexical, Cervantes pone en juego toda la ingeniosidad de su raza, y para ello acude a las sentencias a los proverbios, a ese tesoro de refranero que es flor y fruto de la filosofía popular. Burla, burlando, todo el río de la sabiduría castiza peninsular atraviesa por las páginas cervantinas. Y lo curioso, por no decir absurdo, es que se haya

dicho que España no ha tenido grandes filósofos. Esto se explica de manera meridiana. Saturado de cristianismo, de esencias teológicas, de preceptos morales y caballerescos heredados sin solución de continuidad, el pueblo español no requiere de filósofos ni de sistemas, pues todo su pensamiento ante la vida real circundante y el futuro abstracto, está eslabonado a su sentir hondamente católico, y por consecuencia universal. En esta sabiduría del diálogo entre Don Quijote y su escudero Sancho Panza, radica la mayor y más legítima hondura de la novela máxima. En cuanto al colorido y sus flexiones gramaticales, es incomparable. Podría citarse a Fray Luis de Granada como más fino estilista, pero la abundancia cordial de Cervantes, propia de un temperamento de claro varón que olvida sus pesares, es avasalladora por su aliento de humanidad.

La segunda dimensión en el «Quijote» es su espiritualidad latente, su idealismo en lucha y pugna con todos los valladares que le salgan al paso.

Alonso Quijano, el Bueno, es delgado y alto, huesudo de contextura y magro de carnes. De pie sobre los estribos, es todo él como una lanza elevada al cielo. No le arredran cabreros ni yangüeses. No le amilanan los castillos de su fantasía y arremete contra los molinos de viento. Busca la justicia como sinónimo de amor sobre la tierra, y por ello se lanza contra follones y malandrines con sin igual bravura. Y así, siempre generoso y cristiano, en medio de todos los descabros y desventuras. ¿Qué otra cosa que un Quijote iluso y desmañado es el corazón de quienes persiguen la justicia sobre la estepa amarga de sus andanzas?

Don Quijote es intransigente, pues lleva en sí la lumbré interior, equivocada o no, que le guía los pasos de su andadura. Y en esa intransigencia, está interpretado el sentimiento vertical del pensamiento español.

Transigir es ceder, comerciar con el enemigo, y España como su Don Quijote, no sabe de tales tratos, y por esto lo

veremos siempre lanza en ristre para defender sus altos y puros ideales.

El dolor del Quijote es humo de purificación. Se eleva hacia los ámbitos azules del cielo castellano como una ofrenda humana a la divina justicia de las alturas. Y es tan nerviosa, tan sublime y quimérica la figura del caballero andante, que para no perderse en el espacio como un arcángel de adarga y lanza, encuentra su contrapeso en la recia y gordinflona estampa de Sancho Panza. El escudero es el punto de referencia entre el sueño y la realidad, es el tirón que arranca al hidalgo de sus ensoñaciones alucinadas para hacerle sentir las asperezas de la verdad inmediata.

Don Quijote es el empinamiento de España entera hacia un mundo ideal que está fuera de lo terreno. Por esto, entre todas las heroínas de amor, ninguna tan excelsa, a nuestro juicio, como Dulcinea del Toboso, pues en ella se encarnan las más altas prendas de la poesía: embellecer lo vulgar, lo humano, hasta darle categoría de divino.

La tercera dimensión del libro, es su expansión o universalidad, y ésta brota de la fuerza humorística con que Cervantes infiltró los pasajes de su historia. Don Quijote hace reír con lágrimas, produciendo esa confusión sentimental que nace de una impresión contradictoria.

Cervantes busca en la sátira una válvula de escape para sus dolores. El verdadero, el legítimo humor no es sino conducir las lágrimas al camino de la risa. En esta condición del «Ingenioso Hidalgo» está el resorte de su comprensión universal.

Nada tan humano, tan desolador y tan satírico en su fondo, como el duelo caballeresco de Don Quijote con el Caballero de la Blanca Luna. Cae maltrecho y vencido el hidalgo, luchando por su dama; doliente y sentimental, rodando por tierra, aun calada la visera. ¡Y pensar que lo vence un simple barbero!

En esta índole humanamente satírica está la tristeza mayor del «Quijote». Por esto los ingleses, fueron los primeros en comprender a Cervantes, y a los siete años de editarse el «Quijote», lo traducía Thomas Selton. Así influiría Cervantes en la futura novela inglesa y de tal modo hubo de perdurar este sentido satírico del libro magno que ello le ha servido como de escudo, no tan sólo al arquetipo del idealismo, que palpita en el caballero manchego, sino asimismo a la propia patria del preclaro novelista.

El humorismo cervantino es propio de su época. Está en «El sueño de las calaveras», de Quevedo y en «El diablo cojuelo», de Vélez de Guevara. Es la herencia de las coplas de Mingo Revulgo y de las regocijadas escenas del «Lazarillo de Tormes».

Más de algún exégeta de Miguel de Cervantes, al celebrar su sentido profundo del humor, que pone un beleño sobre las heridas, ha desentrañado el afán del creador del «Quijote»: equilibrar por medio de la risa el dolor del ideal frustrado, quitándole su implacable crueldad, de manera que de tan humano alcance perfles de sublime.